

Carla

RUBEN DARÍO ZAPATA

“Yo caminaba detrás del Zarco, agarrada de sus manos. El camino estaba empantanado y resbaladizo; muchas veces estuvimos a punto de caer, pero nunca solté sus manos. Entonces los encapuchados aminoraban la marcha y le decían al Zarco que no me arrastrara. Íbamos en medio de un ejército de encapuchados: un batallón a la vanguardia y otro por la espalda. Jamás había visto tantos encapuchados juntos...”

Ya estaba decidida a dejar a mi mamá para irme a vivir con él. Pero se empeñó en que nos fuéramos del barrio. Eso no me lo esperaba yo y no lo quise seguir; porque una cosa era dejar la familia y otra muy distinta renunciar a vivir cerca de ella. El entendió, y nos pusimos a buscar una casa en el barrio. Una tía de un compañero suyo tenía una casa desocupada y nosotros comenzamos a hacer los preparativos para pasarnos, convencidos de que nos la alquilaría.

— ¿Zarco, pero cómo vamos a pagar la casa?— le pregunté, preocupada.

— Ahí de cualquier modo hacemos— dijo él, sin mucha reflexión.

— En serio, Zarco. ¿Cómo nos vamos a mantener? Mire que usted ni siquiera está trabajando. Es como algo irresponsable salirnos así. Es más, piense que apenas tenemos 16 años.

— Ya le está entrando mamitis— me reprochó él con mala cara—. Yo tengo 16 años pero soy capaz de mantenerla inclusive mejor que su papá.

— ¿Cómo?— lo reté.

— Fresca. Edgar nos tiene que dar alguna cosa; algo le tiene que costar lo que hacemos. Y por la comida no se preocupe que para eso están las tiendas.

Con eso yo me quedé más tranquila. Pero la casa que había desocupada la alquilaron sin avisarnos. Tal vez presintieron que nosotros no íbamos a pagar. Ahí los planes se nos vinieron al suelo. Y después supimos que Edgar se

había ido del barrio, también sin decirle nada al Zarco, ni a nadie.

Seguimos buscando casa, con más precaución. Nos daba temor de que con la búsqueda mi mamá se enterara y nos frustrara todo. Y mientras tanto, él insistía para que nos fuéramos del barrio. Decía que un tío tenía una finca por Don Matías y que allá le ofrecía una casa y además trabajo. Me preocupaba el no poder seguir estudiando, pero estaba ya casi decidida a seguirlo.

A pesar de los inconvenientes, los planes parecía que se iban a realizar, hasta ese miércoles. ¡Cómo quisiera no recordar más ese día! Amaneció frío, gris y pesado. Llovió todo el tiempo. Por la tarde, mi mamá me mandó a llamar a mi papá para pedirle plata. Yo no tenía ganas, pero en la casa ya no teníamos nada. Salí, a pesar de la lluvia, porque sólo a las cuatro de la tarde podía encontrar a mi papá en el trabajo, y ya era casi la hora. Me puse unas botas de caucho para caminar por el pantano, cogí la sombrilla y me fui para el teléfono.

En la carretera me encontré con el Zarco que subía con el Yiyo. No lo había visto en todo el día y ahora tenía la ropa entrapada y pegada al cuerpo.

— ¿Ya decidió algo?— me preguntó sin más. Lo miré extrañada, tratando de adivinar lo que le sucedía, pero él no me miró. Estaba raro.

— ¿Qué le pasa?— pregunté, pero él no contestó. A su lado el Yiyo lo acosaba diciéndole que el agua estaba muy fría. Apenas los ví tiritando me acerqué y les ofrecí

la sombrilla para que se escamparan, pero ellos no quisieron. Yo volví a preguntar:

—Zarco, ¿que le pasa?

—Nada— dijo con voz fría—. En la casa la espero para que hablemos, y ya tiene que haber decidido.

Cuando volví del teléfono público lo encontré tirado en la cama, sin cambiarse las ropas mojadas. Lo regañé, pero él no me prestó atención.

—Carla, entonces qué, ¿nos vamos a ir o no?

Yo busqué con los ojos por toda la casa, temerosa de encontrar a mi mamá. Pero ni siquiera el niño estaba, se lo había llevado. Entonces hablé con confianza.

—Pero Zarco, usted sabe que yo no puedo dejar así a mi mamá.

—¡Y eso es lo que usted dice que me quiere! Entonces se queda con ella...

—Usted sabe cuánto lo quiero. Pero entienda que para mí esa

decisión es muy dura. Por qué mejor no seguimos buscando una casa aquí en el barrio.

—Ya no me puedo quedar— dijo con desaliento.

—¿Cómo es eso?— pregunté nerviosa.

—El Trompetero me dio dos días para que me fuera del barrio.

—¿Y por qué quiere el Trompetero que se vaya?

—Quiere es que le diga dónde está Edgar.

—Usted debió haberle dicho la verdad: que ni siquiera se dieron cuenta cuándo se fue Edgar.

—No me creyó— dijo él, ya como si estuviera fastidiado de hablar conmigo. Después agregó como para sí mismo—. Y lo peor es que Edgar se llevó casi todas las armas.

Nos quedamos callados un rato. Yo no estaba pensando: ya había decidido qué tenía que hacer. Creo que él tampoco pensaba, la preocupación no lo dejaba.

Simplemente nos quedamos juntos dejando pasar el tiempo, escuchando la lluvia sobre el techo y esperando que en cualquier momento entrara mi mamá. Pero ella se demoraba en llegar, entonces yo me arriesgué a inclinarme sobre él en la cama, lo tomé de las manos y lo obligué a sentarse. Así, con las manos retenidas y mirándolo a los ojos le dije.

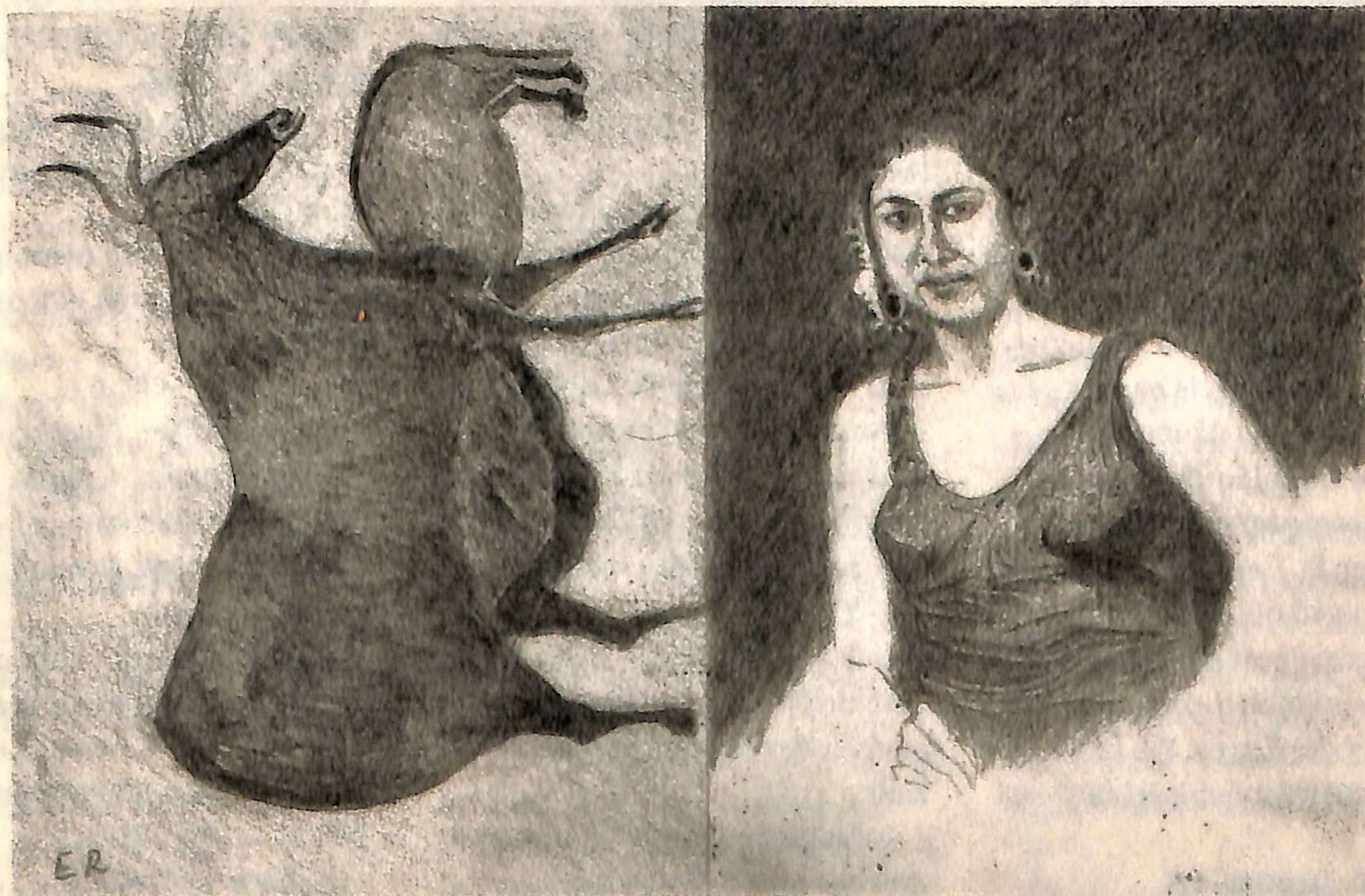
—Zarco, yo me voy con usted para donde quiera. Pero sin que mi mamá se dé cuenta, porque no soy capaz de enfrentarla al salir, y además sé que no nos deja ir fácilmente.

—¿Entonces cuándo?

—Este sábado, cuando ella esté trabajando.

—El plazo se me cumple el viernes.

—Pero es que el viernes ella está aquí todo el día. Además el viernes apenas es el segundo día, el



Trompetero debe suponer que se va a ir el sábado.

— Creo que sí— dijo él, con algo de alivio— Entonces empiece a empacar todo.

— No. No podemos hacer nada ahora porque entonces mi mamá sospecharía. El mismo sábado por la mañana podemos empacar.

Con ese plan nos conformamos. Creo que a él se le habían acabado las preocupaciones. Me levanté y fui a buscarle ropa seca, después prendí el fogón y puse a calentar la aguapanela. Luego de cambiarse de ropa y tomarse la aguapanela casi hirviendo, él destendió la cama y se metió bajo las cobijas.

Se levantó cuando ya estaba anocheciendo. Todavía llovía. Sacó de su maletín la capucha y con ella en la mano fue hasta el gallinero a sacar las armas. Entró otra vez en la casa sólo para despedirse; después se fue a buscar a sus compañeros. Pero no eran siquiera las ocho de la noche cuando regresó.

— ¿Qué pasó, Zarco?— pregunté asustada.

— No vamos a celar hoy— respondió.

— ¿Por qué?

— Nadie quiere salir — dijo con aire preocupado, como si quisiera decir otra cosa—. Está haciendo mucho frío y parece que va a llover toda la noche.

Guardó las armas y la capucha y se volvió a meter en la cama, todavía vestido. Nosotros nos acostamos también. A pesar de estar tan temprano creo que caí dormida en la cama.

Me despertó un ruido y al incorporarme creí adivinar la silueta de mi mamá parada al pie de la cama del Zarco. En ese momento sentí mucha rabia y casi grité.

— Mamá. ¿Qué pasa?

— Shito— susurró ella—. Están tocando la puerta.

Me levanté de un salto y agucé el oído para comprobar. En ese momento escuché los golpes.

Miré por un lado de la ventana, sin correr las cortinas, y vi a un tipo encapuchado junto a la puerta.

— ¿Quién es?— pregunté.

— Abra, que somos del FBI— gritaron desde afuera.

Miré al Zarco y le pregunté si abría. El movió la cabeza con resignación.

Desde la puerta vi que afuera los encapuchados eran muchos. Pero entraron sólo dos. Yo me senté sobre mi cama y uno de los que entró se sentó conmigo. El otro siguió hasta la pieza del Zarco, donde todavía estaba mi mamá, de pies junto a la cama. En el primer momento no vio al Zarco porque la sombra del chifonier le tapaba la cara y dejaba ver apenas las cobijas revueltas sobre la cama como si alguien la acabara de abandonar. El encapuchado se agachó y buscó debajo del catre, después se incorporó y levantó las cobijas, dejando el cuerpo inmóvil del Zarco al descubierto. Después fue hasta la ventana, corrió la cortina y mirando hacia afuera señaló con un dedo al Zarco, todavía tendido en la cama. Desde afuera alguien le respondió con un movimiento afirmativo de la cabeza.

El niño se despertó, a pesar de que nadie le hacía bulla. Mi mamá vino y lo cogió de la cama. Mientras tanto el encapuchado se apartó de la ventana y dejó la cortina descubierta para que entrara la luz fría de las lámparas. Volvió a la cama del Zarco y dijo:

— Levántese para que nos vamos.

— Yo no me voy a ir con ustedes— dijo el Zarco con resolución, pero se sentó en la cama como si se refrescara para salir.

— Salga que lo que queremos es que nos muestre una casa.

— Yo no sé nada de lo que quieren saber y nada les puedo decir.

— ¡Vámonos ya!— gritó con rabia el encapuchado y le asestó un

golpe con la cacha del revólver en la cabeza. Lo rompió.

— No lo vayan a matar— supliqué—, por favor no lo maten.

— No lo vayan a matar aquí— intercedió mi mamá. La miré con una rabia feroz, pero no le dije nada. Ella misma se sintió mal y esquivó la mirada.

Entonces entraron otros dos encapuchados que hicieron salir al que le había pegado al Zarco.

— Es que no vinimos a matarlo— nos tranquilizaron— Tan sólo queremos que nos muestre una casa que él conoce mejor que nadie.

Uno de ellos entró a seguir convenciendo al Zarco. El otro condujo a mi mamá hasta el baño para que el niño no viera nada.

— Yo sé que ustedes vinieron a matarme— dijo el Zarco, tocándose la herida abierta en la cabeza—. Yo sé quién los mandó.

— ¿Quién?— preguntó el encapuchado que lo vigilaba.

— Vean— dijo el Zarco como si nada le hubieran preguntado—, mejor díganle al Trompetero que yo me voy a ir. Pero que me tiene que dar tiempo. Que por tardar el viernes me voy.

— ¿Y es que quién es pues el Trompetero y por qué quiere que se vaya?

— Está ofendido conmigo porque le atropellé la niña con una bicicleta.

— En fin— cortó el encapuchado—. Nosotros no vinimos a matar a nadie. Solamente queremos que nos muestre la casa, después se puede volver a dormir.

En ese momento entraron al Yiyo, que también estaba viviendo en la casa de su novia. Lo traían con las manos amarradas atrás y al entrar lo desataron.

— Yiyo— pregunté desconcertada—, ¿a usted también?

Por respuesta el Yiyo apenas frunció los labios en una sonrisa triste. Pero al verlo amarrado, a mí

me entró un poco de esperanza, me convencí de que esa noche no los iban a matar. Porque el Yiyo había dicho siempre que de matarlo tenía que ser corriendo. Y no sé por qué yo estaba segura que así sería.

Entonces le dije al Zarco que saliera.

— Vea que ellos no lo van a matar.

— Sabe qué Negra, yo de aquí no salgo sin usted.

Apenas en ese momento los encapuchados repararon en mí. El que estaba intentando sacar al Zarco se atrevió a preguntarme:

— ¿Usted es la mujer de él?

Antes de contestar miré a mi mamá, que no se resignaba a quedarse en el baño. Parecía estar esperando con impaciencia mi respuesta.

— Sí— respondí con resolución, pero no tuve valor para sostener la mirada de mi mamá que se clavaba en mí, incisiva.

Los encapuchados nos dejaron solos y salieron a discutir algo con los otros. Hablaron casi en secreto, después entró uno de ellos y dijo:

— Para que vea que no le vamos a hacer nada, su señora puede acompañarlo. Después que nos muestre lo que queremos se vuelven.

En ese momento mi mamá se tiró hasta la pieza y empezó a suplicar.

— Carla, no vaya. Usted no tiene nada que ir a hacer por allá, no tiene nada que mostrarles. Mejor quédese aquí.

— Tranquila señora— dijo un encapuchado— que a ella no le va a pasar nada. Después de que él nos muestre la casa se pueden venir.

— Vamos— me levanté decidida, mientras mi mamá seguía suplicando y se me hizo al frente para obstaculizarme la salida. Un encapuchado la apartó. Otro ató de nuevo al Yiyo y lo sacó. Uno más se agachó y sacó de debajo de mi catre un zapato, le apartó el

cordón, después fue adonde el Zarco, lo levantó y le ató las manos por detrás, como al Yiyo. Mi mamá seguía llorando en silencio. En silencio salimos todos.

Yo caminaba detrás del Zarco, agarrada de sus manos. El camino estaba empantanado y resbaladizo; muchas veces estuvimos a punto de caer, pero nunca solté sus manos. Entonces los encapuchados aminoraban la marcha y le decían al Zarco que no me arrastrara.

Íbamos en medio de un ejército de encapuchados: un batallón a la vanguardia y otro por la espalda.

Jamás había visto tantos encapuchados juntos. Ni siquiera cuando el Zarco me acompañaba por las mañanas al colectivo para ir al colegio: iba con todos sus amigos encapuchados que aún no terminaban de celar. Con las armas en la mano, me llevaban custodiada. Y a mí me gustaba porque me sentía una reina con su corte de caballeros. Pero después me dio miedo y no me volví a dejar acompañar.

Ese ejército de encapuchados descargó en la carretera toda una montaña de pantano. Nos sacudimos y seguimos bajando como para La Terminal. En Guayaquilito, el grupo de encapuchados se abrió en la carretera. Me detuve al ver que uno de ellos se metió por la acequia. “De aquí no sigo aunque nos maten, pensé”. Pero ellos tampoco siguieron. Desataron al Yiyo y lo hicieron arrodillar en el lado derecho de la calle, junto a la zanja. A nosotros nos bajaron unos metros más, desataron al Zarco y lo hicieron sentar. Un encapuchado me llevó hasta el lado opuesto de la vía, me obligó a sentarme sobre el andén y después se sentó detrás de mí.

Mientras cruzábamos, escuché que le preguntaban algo al Zarco, pero no supe qué. El no respondió. Cuando me senté y lo miré, un encapuchado le tenía un revólver

puesto contra la sien. Vi que los ojos del Zarco me llamaban y cuando fui a levantarme para llegar hasta él, los brazos del tipo que tenía atrás me rodearon con fuerza y me retuvieron.

— No lo vayan a matar— supliqué, llorando. El encapuchado me soltó y yo comencé a tranquilizarme. Pero entonces me asaltó un presentimiento y giré hacia atrás para ver si el tipo también me apuntaba con el arma. No alcancé a ver nada porque en ese momento sonó el disparo. Grité y me quedé paralizada. Vi que el Zarco caía de costado sobre su brazo derecho, estirado. Al final del brazo, la mano me llamaba. Me levanté con ímpetu, pero los brazos de mi guardián me retuvieron con fuerza.

Cuando el Zarco cayó, el Yiyo empujó al tipo que le apuntaba y salió corriendo calle arriba, en zig zag. Todos comenzaron a disparar de inmediato. Unos salieron detrás del Yiyo y otros siguieron disparándole al Zarco en el suelo.

Unos instantes después se callaron todos los disparos. El encapuchado me soltó y yo fui a arrodillarme junto al Zarco. Comencé a acariciarlo todo y mis manos se encontraron el reloj en su muñeca. Lo miré; faltaba un cuarto para las dos de la mañana. Se lo quité y lo guardé. Después le solté la pañoleta que tenía en la cadera a manera de cinturón y me la envolví en la mano.

Mientras yo estaba arrodillada los encapuchados insistían en que me fuera. Pero yo creía que el Zarco se iba a levantar y me iba a decir: “Usted por qué no corrió. Ahora la van a matar a usted también. Por qué no corrió como el Yiyo”.

Entonces uno de ellos me tomó con suavidad de los brazos y me ayudó a levantar.

— Mejor váyase para su casa y ahora más tarde vuelve con su mamá.

Yo no dije nada. Otro se me acercó y me dijo como consolándome:

— Usted sabe por qué lo matamos. El se lo merecía porque era muy malo también. ¡A cuántos habría matado ya!

Yo seguía en silencio. Entonces el que me sostenía llamó a otro para que me acompañara. Me cogieron cada uno por un brazo y comenzaron a subir conmigo; yo caminaba con ganas de quedarme, pero ellos me jalaban, sin violencia. Una cuadra arriba, junto al pozo de doña Flor, estaba el Yiyo. Había caído para el mismo lado que el Zarco. Al pasar, le vi el reloj en su muñeca y tuve ganas de quitárselo, pero me estaban haciendo caminar con decisión.

Alcancé apenas a detenerme un momento, y todavía llorando pregunté:

— Yiyo, ¿a usted también?

De todas partes salían encapuchados. Uno se me acercó, me tomó las manos y me miró a los ojos; casi con ternura me dijo.

—Usted debe saber por qué lo matamos— se quedó mirándome a ver si lo justificaba. Pero no pudo ver nada en mis ojos empañados de lágrimas y yo nada le dije—. Teníamos que matarlo, ellos estaban causando mucho mal.

En aquel momento yo necesitaba apretar una mano y apreté fuertemente la del tipo que me retenía. El se sintió comprendido y en agradecimiento me devolvió el apretón. Después me soltó y me

dejaron seguir sola. En la calle, al frente de su casa, estaba Emilse, la novia del Yiyo. Me pareció grotesca con su cuerpo curvado hacia atrás por el peso de la criatura en el vientre.

— Carla, ¿y el Yiyo?— me preguntó

— Está abajo— dije con desprecio.

— ¿No lo mataron?

—Sí.

Ella empezó a llorar a gritos y yo la dejé, indiferente, concentrada en mis propias lágrimas.

RUBÉN DARÍO ZAPATA es egresado de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Este relato es un capítulo del libro sobre la violencia en un barrio popular de Medellín que el autor presentó como trabajo de grado.

